

sentés, hemos descendido á los tiempos primitivos, pero con ánimo resuelto de llegar, si Dios nos lo permite, hasta los nuestros; así, pues, suplicamos á los escrupulosos suspendan su juicio, y ya que con tanta paciencia los hemos leído, y oído impugnarnos sin interrumpirlos, que nos imiten y sigan en la discusión, y cuando háyamos concluido nos repliquen; pues les aseguramos que con la historia á la vista, nada les hemos de dejar á que puedan asirse, puesto que tenemos abundancia de materiales para defendernos.

Pasando de las persecuciones hallamos un tiempo en que los gentiles cambiaron la espada por la pluma, y vomitaron contra la religion y el clero cuanto el infierno en su tenebroso caos pudo discutir; en aquellos escritos ni quedó calumnia, ni sarcasmo, ni crimen, ni acusacion que no se emplease contra la religion y sus ministros; llenos están los libros de los Padres de estos escritos y sus refutaciones, y esto prueba que el clero acudió al combate, y vino al campo de la discusión. En otra parte de esta obra hemos tratado de esta materia con alguna estension, y por eso nos remitimos á ella, donde los curiosos podrán ver, así como nuestros enemigos, la injusticia que con nosotros se comete al tratarnos de enemigos de la discusión, presentando en este lugar la sucinta relacion que acabamos de hacer, tan solo como una prueba correlativa que demuestra que sin in-

terrupcion hemos venido discutiendo, y por lo mismo que ni la religion, ni la Iglesia, ni sus ministros han rehusado discutir, ni menos han dejado de hacerlo siempre que al campo del raciocinio acudieron sus enemigos; sin embargo, debemos advertir que la razon tiene y el discurso, sus límites en esta materia, y que ya los marcaremos en su lugar competente, pues seguimos en esto como en todo órden y cronología; y no debemos precipitar ni los sucesos, ni la deducción, por temor de escrúpulos infundados de algunos espíritus meticulosos ó precipitados. Así, pues, yo pregunto, anudando mi contestacion, en la época de las acusaciones contra el clero hemos visto que no rehusó la discusión, y aducido como prueba las apologías que el clero publicó en su defensa, cuyos libros y autores son de todos conocidos, y en cuyas obras están las acusaciones y su refutacion, y esto dice más claramente que todas las acusaciones que el sacerdocio jamas se negó á discutir, y que siempre estuvo dispuesto á defender las doctrinas de la Iglesia. Tenemos, pues, que el sacerdocio en esta época, como en las anteriores, no varió su carácter discutidor, que lo fué y siguió el espíritu de la Iglesia, y practicando el consejo del Apóstol que encarga, como uno de los deberes del episcopado, *arguir* [*argue*].

En pos de esta época, y triunfante en todos los terrenos del gentilismo, malos hijos, amamanta-

dos con las doctrinas de la Iglesia, educados en su regazo y criados en su seno, rasgan sus entrañas maternas y rompen su manto de reina. Las herejías estallan, los errores se propagan, y arrebatando muchos incautos aparecen los cismas. ¿Cuál fué, pregunto yo, la conducta de la Iglesia en estas circunstancias? ¿El clero se negó á discutir? Oigamos lo que dice la historia; avoquemos los hechos en comprobacion de la verdad; dejemos á un lado las argucias y los sofismas; y los sucesos, argumento el más indestructible que puede presentarse, dirán de parte de quién está la razon. Desde Simon Mago hasta nuestros dias, la Iglesia, al levantarse las herejías, al surgir el error, al proclamarse los cismas, siempre ha acudido á la discusion para estirparlos; desde S. Pablo y S. Juan, refutadores de Simon Mago, Ebion, Cerinto y los pseudo-apóstoles, hasta nuestros mismos dias, las plumas y las palabras han sido las armas de la Iglesia, y los concilios á que los heresiarcas han sido citados al campo del combate. Bien pudiéramos formar un catálogo de los nombres de los corifeos de estas tenebrosas doctrinas, y de los de sus impugnadores; pero seria demasiado largo y estenso, y por otra parte supérfluo, puesto que es tan sabido de todos, que no habrá nadie, por peregrino que sea en la historia, que no los sepa y conozca los errores de unos y las razones de otros, y la conducta de lenidad que con los disi-

dentés observó siempre la Iglesia, al par que la energía con que los impugnó el clero; sin embargo, bueno será anotar algunos. Arrio tuvo por impugnador á S. Atanasio; los donatistas á S. Agustin; S. Antonio y santo Tomás confunden á los sacramentarios y albigenses; S. Bernardo á Pedro Abelardo, los eutiquianos, nestorianos, husitas, marcosianos, luteranos, calvinistas y demas llamados á los concilios, ó se han presentado y sido confundidos en la argumentacion, resueltas sus dificultades, confesados por ellos sus errores y condenadas sus obras á las llamas despues de retractarse, ó han huido la discusion; y despues de refutados han sido amonestados, requeridos, buscados y agotados todos los medios de lenidad, condenados los herejes por la Iglesia, que no pudiendo ni convencerlos, ni atraerlos, los espulsaba de su seno como perjudiciales á la sociedad que emponzoñaban con su aliento y al rebaño del buen pastor que estraviaban del redil. Tal ha sido la conducta del clero; sábia, sapientísima, justa, porque siempre es mejor que perezca uno que no que todos se contagien, y condenar con tiempo un culpado, que por haber éste corrompido á los demas, tener que condenar muchos miles que sin su contacto hubieran vivido inocentes.

Yo quisiera que me dijeran los enemigos del clero, cuándo y á quién condenó la Iglesia sin discutir con él; yo quisiera se me señalara la época

en que la Iglesia proscribió la discusion y el documento donde conste; pero estoy seguro por demas que no lo harán, y me afirmo en esta idea, porque sé que tal documento, tal determinacion, es imposible que exista en una Iglesia que tiene por base de su código la caridad, y á cuyos prelados, entre los deberes que se les prescriben, son: *obsecra, argue, increpa*; pero como para acusar sin razon basta una mala voluntad y una intencion siniestra, cosas que abundan por demas en los enemigos de la Iglesia y acusadores del clero, por eso sin duda desconocen la razon que todo el mundo ve, y desoyen la justicia que asiste al clero. Sin embargo, ellos mismos, por medio de continuas contradicciones, se ponen en manifiesta evidencia, con lo cual prueban, más que las mejores apologías, la injusticia de su causa y la mala fé que dá impulso á sus acciones; así es, que el mismo Guizot, tan circunspecto y amaestrado en la discusion, no ha podido menos de contradecirse á sí mismo, pues cuando dice: "Que la Iglesia niega el derecho de exámen," á los pocos renglones se espresa en estos términos, para probar que en la Iglesia domina el hecho de la libertad: "¿Cuáles son, dice, sus instituciones, sus medios de accion? Los concilios provinciales, nacionales, generales, una continua correspondencia y publicacion de cartas y escritos. Jamas se ha visto un gobierno que haya procedido hasta este punto por medio

*de la discusion* por la deliberacion comun, pero creeréis haber entrado en el seno de las escuelas de la filosofia griega; por lo tanto, debeis saber, que no tratamos de una pura discusion, de la sola indagacion de la verdad, sino de la autoridad, medidas que deben tomarse, decretos que espedirse; en fin, de un gobierno. Mas tales en el seno de éste la energía de la vida intelectual, que se convierte en el hecho dominante, universal, al cual ceden todos los demas, y lo que resplandece por todas partes es el ejercicio de la razon y de la libertad <sup>1</sup>."

Tales son las palabras de Mr. Guizot, y ellas, más que nuestras razones, prueban la contradiccion en que se pone con su aserto anterior, contradiccion que solo podemos atribuir á la precipitacion ó secundaria idea con que escribió las primeras, y á la verdad que le arrancó las segundas; verdad que nadie puede destruir, porque así era, es y será el espíritu de la Iglesia; razonador de vida, de progreso; y por esto comunicó movimiento, vida y progreso á la sociedad, dió expansion á las ideas y colocó la humanidad y los pueblos en el sendero que ha de conducirlos á su perfeccion; pero cuidado que sin la Iglesia católica no puede llegar á tan deseado término, porque solo marchando ella á su frente es como pueden evitarse

1 Guizot. Hist. de la civilizacion, pág. 137.

los escollos de que está sembrado este camino, escollos que pueden muy bien hacer fracasar las mejor combinadas empresas; porque sola ella arreglando la conducta de los hombres, moralizando sus pasiones, es la que puede conducirnos sin inconvenientes á la perfeccion; ella sola es la encargada de corregir los abusos del poder y de impedir las revoluciones, señalando límites á la autoridad de los poderosos, y haciéndoles conocer que sus subordinados son sus hermanos, pone freno á la ambicion y destruye el despotismo y la tiranía, y enseñando á los pueblos á mirar en los gobernantes la imágen de Dios que deben respetar y acatar, evita las sublevaciones, y de este modo, conteniendo á unos y á otros, conserva la paz de los Estados que, sin auxilio, estaria siempre espuesta á perturbarse. Quitad á los hombres el freno de la religion y habréis convertido el mundo en un caos de miserias y desgracias; habréis hecho el mayor perjuicio á la sociedad que, sin este freno, seria enteramente imposible; ¿y sabeis por qué? porque los hombres no conocerian otra ley que la de la fuerza, y el imperio de la razon y de la justicia concluirian en el mundo; porque los más fuertes subyugarian á los débiles, porque las masas no obedecerian, no reconocerian gefes puesto que disputarian con la fuerza un poder que creaba y conservaba la fuerza, un poder fundado y sostenido por la fuerza, y, por decirlo de

una vez, los hombres todos, guiados y sostenidos por unas pasiones desbordadas, sin reglas que las contengan, sin freno que modere sus instintos y ponga coto á sus excesos, viniendo de este modo el mundo entero á caer bajo el dominio de la anarquía, bajo el imperio de la guerra, donde unos con otros estarian en continua pugna, viniendo así á reinar en el mundo el desórden y la confusion que todo lo trastornarian é invertirian, y llevarian la desgracia hasta el último extremo, sembrando por todas partes el luto, el llanto, la miseria y la muerte.

Así, pues, es necesario convenir en que el gobierno de la Iglesia ha sido, es y será necesario á la sociedad en general, á todos los estados, á todas las clases, á todas las condiciones; y es necesario, porque sin él no habria ese poder que domina al hombre espiritual y le hace sujetar sus pasiones á la razon, y doblegar su cuello ante la ley. El clero en esto, como en todo, ha prestado á la sociedad un servicio eminente que ha refluído en pro de la civilizacion, y este servicio se hace tanto mas palpable y manifiesto, cuanto que considerada la Iglesia en sí misma, establece un gobierno medelo al cual deberán un dia nivelarse los demas gobiernos del mundo si quieren caminar á la perfeccion: poco importa que se la quiera hoy motejar, menos que se la quiera deprimir; sus enemigos mismos deben confesar que de ella han tomado ejemplo para arreglar sus sistemas, y

que sin ella no podrían plantearlos, ni jamás concebirlos; tanto es lo que deben á la Iglesia y al clero los que hoy se llaman espíritus fuertes y sus enemigos, y no son otra cosa que unos ingratos que, sin duda por no agradecer los beneficios, quieren olvidarlos ó rebajarlos, pues tal es la miserable condicion de la soberbia, que todo le parece despreciable, con tal de tener que humillarse á reconocer superior. Si de la consideracion del gobierno de la Iglesia en sí mismo pasamos á sus relaciones con los reyes y los pueblos, á muy poco que reflexionemos conoceremos los inmensos beneficios que por este medio ha reportado al mundo, y no se podrá menos de conocer cuánto ha hecho por la sociedad y la civilizacion. El órden nos ha traído á este terreno, y así estamos en el caso de abordar tan interesante materia. Lo deseábamos y lo temíamos, porque el terreno que vamos á recorrer es un terreno muy andado y poco conocido, pues á serlo, no sucederia que tanto se atacase en él al sacerdocio, que puede, con razon, llamarle la página de oro de su historia, la mejor flor de su corazon y su mas ilustre blason; así, pues, en este campo, mucho tenemos andado, lo que no sabemos, y este era nuestro sentimiento, es, si tendremos paciencia para no decir mas de lo que quisiéramos y podernos contener en los límites de la caridad, que todo quisiéramos mejor que verla infringida en nuestro libro; debemos

por lo tanto manifestar que, si así sucediese, es contra nuestro deseo, y que nuestra voluntad es refutar, pero en modo alguno herir; por tanto á cualquiera que puedan resentir nuestras palabras, anticipadamente pedimos indulgencia y perdon.

Con esta salvedad vamos á entrar en el objeto que nos ocupa y á considerar la Iglesia en sus relaciones con los pueblos. Desde luego hemos manifestado en este mismo capítulo que la Iglesia era en extremo popular, y que el clero salió de las filas del pueblo, lo cual era una poderosa razon para que el pueblo le llamase y él se desvelase por la felicidad del pueblo. Muy pocas razones bastarán para probar que el clero era hijo del pueblo en su casi totalidad; pero estas razones harán una demostracion de esta verdad tal, y tan patente, que ella sola desterrará del alma hasta la última y mas insignificante razon que pueda objetarse. Veámoslo. Subyugado el mundo por la fuerza se compuso de señores y esclavos; aquellos eran de la raza conquistadora, éstos de la vencida; para aquellos se reservó el dominio y los privilegios, para éstos la opresion y el trabajo; así era que el ejercicio de las armas se reservó para los vencedores, y para los vencidos las artes, la agricultura, el comercio y las ciencias, por manera que la ocupacion de los señores era el ejercicio de la guerra ó de la caza, mientras la de los esclavos eran las artes y demas ramos del saber,

las obras del ingenio, el ejercicio del talento; así fué que solo en el pueblo se vinculó la ciencia, y por esto solo del pueblo salió el sacerdocio: constituido un hombre del pueblo en el estado sacerdotal, dejaba de ser esclavo, y por consiguiente se elevaba sobre sus hermanos de infortunio; pero no era este solo el privilegio que la Iglesia le concedía, pasaba á mas: como encargado de dirigir las conciencias se elevaba sobre sus antiguos y orgullosos señores, y se ponía en el caso de reprenderlos, contener sus escesos y refrenar sus pasiones, y aquellos grandes señores ante quien se arrodillaban los pueblos enteros y temblaban millares de hombres, doblaban su cerviz á las palabras del humilde hijo del pueblo, que en nombre de la religion reprendía sus vicios y desórdenes, anatematizaba su conducta y los hacia deponer sus instintos guerreros y sacrificar en el altar de la religion y aras de la caridad, sus odios, sus rencores, y hasta sus pasiones mas desenfrenadas. Para esplanar esta idea como se merece, descendemos á los tiempos, presentaremos los hechos y recorreremos la historia.

Los tiempos, los hechos y la historia nos dicen que la Iglesia nació en el tiempo del imperio romano, que dominó los pueblos que éste dominaba y que vivió con él en muy buena armonía desde el momento en que el gran Constantino fijó en sus estandartes el Lábaro. No hay para que re-

cordar todos los sucesos ni los medios cómo desde las catacumbas subió al Capitolio, ni hay para que hacer mérito de sus servicios en pro de la humanidad y de la civilizacion durante esta época de sus glorias y sus martirios, de sus trabajos y sus laureles, porque sobre este particular versa una gran parte de lo que llevamos escrito en esta obra; pero cayó el imperio romano y los bárbaros se dividieron su púrpura, y entonces la Iglesia se encontró frente á frente con los conquistadores de la Europa, se vió en presencia de esos reyes bárbaros, de esos gefes errantes sobre la tierra, ó establecidos en sus castillos con los cuales ningun lazo la unia, ningun vínculo la estrechaba, ningun contacto tenia; ni por sus tradiciones, ni por sus creencias, ni por sus sentimientos podia el clero convenir con unos hombres que no tenian ni su espíritu, ni su caridad, ni sus propensiones humanitarias, y antes por el contrario, costumbres, hábitos y tendencias eran enteramente diferentes, opuestas, contrarias; fautores los unos del despotismo, mientras los otros predicaban caridad; aquellos no conocian más ley que la opresion, mientras éstos acataban la ley de la humanidad; en éstos dulzura y amor, y en aquellos la ley del sable y del terror; de cualquier modo que se considere, las circunstancias del clero eran las más críticas y estaba muy espuesto á su ruina y á no poder ser útil á sus hermanos, quedando á lo más

mero espectador de los desastres que afligian la humanidad y la civilizacion. En tan azarosa crisis, á fuerza de pensar en salvar estos objetos predilectos encontró un medio, y fué el de tomar posesion de los bárbaros y convertirlos, medio por el cual cumplian con el doble deber de propagar la religion y salvar la humanidad, y en los dos casos ejercer la caridad, que es la mayor virtud que proclama la religion de Jesucristo.

Elegido así el medio que podia hacerlos útiles á la religion y á sus hermanos, se ocupó en el modo de llevarle á cabo, y tal fué el punto adonde dirigió sus esfuerzos, y el blanco de sus meditaciones y pensamientos. Cuando deseamos con ansia una cosa, el mismo deseo nos sugiere los medios de conseguirla, porque no hay un mentor más sagaz ni afortunado, y así sucedió en esta ocasion; el clero conoció cuánto hiere los sentidos y la imaginacion de los pueblos groseros todo lo que lleva el sello de maravilloso y grande; y al efecto, se propuso dirigirse en primer término á los sentidos y á la imaginacion para dominarlos y hacerlos que se rindieran, siendo más tratables y humanos con los vencidos. Para conseguir su objeto la Iglesia, empezó por celebrar los misterios de la religion con gran pompa, con admirable esplendor y con una magnificencia que cautivaba los corazones y rendia las almas por medio de la solemnidad de las ceremonias sagradas, acompañadas

siempre de los melancólicos y dulces ecos que resonando bajo las bóvedas del templo santo, morada del Dios de la clemencia, debian llevar al corazon ideas de dulzura, que necesariamente debian amansar y cambiar los feroces instintos adquiridos en las selvas, desarrollados en las lides, y más y más arraigados en el corazon con el dominio despótico que ejercian con los vencidos. Para probar esta verdad, no hay más que repasar las crónicas, y en ellas veremos que ésta es la época de las grandes festividades eclesiásticas y de las suntuosas ceremonias establecidas para el culto. Entonces conoceremos que la Iglesia y los clérigos, cuanto han hecho y hoy se les critica, fué hecho con un fin laudable, humanitario y social; y una vez conocido esto vendremos, sin mucho trabajo, á conocer la injusticia de los que calumnian al clero, y dan un fin siniestro á todos sus actos, y una torcida interpretacion á sus más rectas y santas intenciones: yo quisiera que me dijeran los acusadores, si mirado el culto bajo este aspecto, ya que no quieran concederle su necesidad como dado á Dios, autor de todo y Señor de todos, fué necesario y útil, humanitario y provechoso, social y civilizador; creo responderán afirmativamente, tanto más, cuánto á él fué debida en gran parte la civilizacion de los bárbaros, el bien de los vencidos y la salvacion y progresos de la humanidad; pero si por el contrario manifestasen aún du-